

No, no se trata de una nueva “Vida” de María Rivier, la mujer apóstol y profeta que, en los momentos de la Revolución francesa y del Terror, gritó a Jesucristo con su palabra de fuego y su vida, y fundó la Congregación de las Hermanas de la Presentación de María “para proclamar el Evangelio” a los niños y a los jóvenes. Este librito quisiera ser la mirada admiradora de un amigo dominico sobre su rostro interior, su gracia específica que la iguala a los grandes Testigos de Cristo.

El Padre Luis Alberto Lassus es hermano predicador o.p. desde hace muchos años. Pasa su vida celebrando la Eucaristía con muchos sacerdotes, monjes y religiosas. También se ha interesado muy especialmente por la espiritualidad eremítica camaldulense así como por los grandes maestros rusos de espiritualidad: Silouane, Juan de Cronstadt, Serafín de Sarov y ha publicado varias obras sobre ese tema. Hace más de veinte años que vive en el convento dominico de Niza.

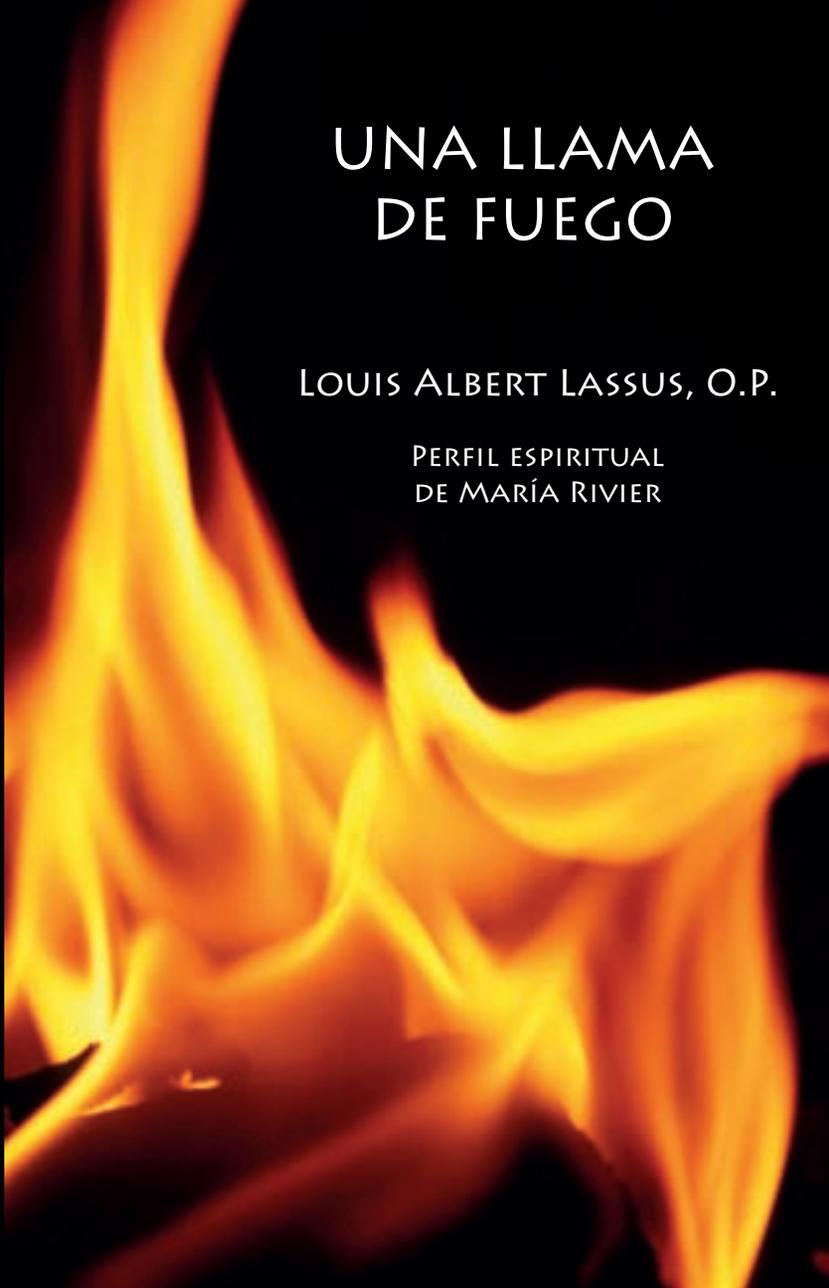
UNA LLAMA DE FUEGO

LOUIS ALBERT LASSUS, O.P.

UNA LLAMA DE FUEGO

LOUIS ALBERT LASSUS, O.P.

PERFIL ESPIRITUAL
DE MARÍA RIVIER





Maria Rivier (1768-1838)
Fundadora de las Hermanas de la Presentación de María

Fr. Louis Albert LASSUS O.P.

Una llama de fuego

Perfil espiritual
de María Rivier

A Madre Carmen Barbe
Superiora general
de la Presentación de María,
a sus queridas Hermanas
que sirven por el mundo

Prólogo

Siempre es una dicha hablar de sus amigos, sobre todo, cuando se ha tenido la suerte de vivir con ellos desde hace muchos años. Recuerdo la alegría y el orgullo de Antonio de Saint- Exupéry, cuando con motivo de una brillante recepción dada en su honor, presentó a su amigo Guillaumet a los invitados de la fiesta. Este, dijo, es mi amigo.

María Rivier, que si viviera aún, sería una señora de doscientos veinticinco años, me ha robado el corazón sin llamar a la puerta, cuando yo jamás la había mirado, ni siquiera con el rabillo del ojo.

Y cuando, pronto hará veinte años, sus hijas, religiosas de la Presentación de María, me invitaron a celebrar la Eucaristía en su casa generalicia, sita en Castelgandolfo, muy cerca de quien ya sabéis, confieso que al principio tuve un momento de duda, pronto disipado gracias a la insistencia cariñosa de uno de mis hermanos dominicos, querido entre todos, Alberto María Besnard a quien, poco después nos lo arrebató la muerte, la Vida. Aquel encuentro fue realmente un descubrimiento, como les gusta decir a los sudamericanos, una verdadera revelación de esta familia espiritual, y evidentemente de María Rivier, su madre y fundadora. Una mujer sorprendente, que nos desconcierta desde el principio hasta el fin de su vida, superiormente inteligente, como se dice a veces a diestro y siniestro, de un dinamismo y una entereza a toda prueba, y además, y sobre todo, una apasionada de Jesucristo, tanto como se puede ser aquí abajo, y una hermana universal.

Se ha escrito su vida hace ya más de un siglo y además muy bien, por diferentes autores, animados, la mayor parte ellos por un verdadero sentido histórico y un auténtico fervor. Recuerdo especialmente la obra muy hermosa y apasionante,

recién reeditada del P. Rey-Mermet: VUESTRAS HIJAS PROFETIZARÁN .

También se han hecho muchos estudios, sobre todo estos últimos años, de los escritos de María Rivier sobre tal o cual aspecto de su talante de Mujer Apóstol o de su enseñanza espiritual. Pienso especialmente en los tres magníficos tomos, aparecidos hace poco, fruto del trabajo minucioso y sumamente encomiable de Sor Isabel Bouchard, partiendo de las innumerables cartas de esa mujer de relación presente a todo y a todos; MARIA RIVIER, SU CORAZÓN Y SU MANO

Ahora bien, resulta que el año pasado, la Madre general de la familia de María Rivier, Madre Carmen Barbe, me propuso un día, que a mi vez, rasgueando la guitarra compusiera algo a modo de un canto de amor y de admiración Tardé mucho tiempo en dejar hablar a mi corazón. Sin embargo un día me dirigí a su pueblecito de la Ardèche, Montpezat, donde transcurrió la infancia de María Rivier. Quería respirar su aire, y sobre todo quería sentarme mucho tiempo delante de aquella famosa "Pietà" que jugó un papel tan decisivo en la vida de nuestra santa amiga. Fue el primer momento en el que, aparentemente, no me decidí aún a afinar mi instrumento. Tuve que marcharme al desierto. En efecto, sólo la soledad puede inspirar ciertos cantos de amor. Eso fue lo que me sucedió. En una celda de la Ermita camaldulense de Frascati frecuentada hace unos cuarenta años, una fuerza venida de otra parte me impulsó cada día o casi, a expresar con palabras, pobres palabras, lo que sentía desde hacía tanto tiempo por aquella disminuída física que medía a penas un metro treinta y cuatro- y eso, decía ella riéndose, con tacones- pero que, a escala de los valores eternos, tenía la talla de Jesucristo... inmensa.

Ya se ve bien que no se trata de una nueva Vida de María Rivier. Eso sería absolutamente inútil e indecoroso. Y tampoco de un sabio estudio psicológico a partir de las palabras y los

gestos de nuestra amiga, de sus escritos y de sus obras. Es más bien una experiencia amorosa, como puede ocurrir, cuando se ama, que un buen día nace, como una fuente que canta más allá de las palabras y de la música, el trabajo maravilloso e inesperado del Espíritu Santo que sabe realizar en el corazón mismo de la difícil historia de los hombres, obras maestras de gracia.



Capítulo I

Una mujer interior

Imaginaos a una niña de dieciséis meses, preciosa, sonriente, rebosante de vida que un día se cae torpemente de su cama, levantada imprudentemente junto al techo de la cocina. A la niña se le rompe la cadera derecha. María Rivier es una inválida que se arrastra sobre la espalda con una energía sorprendente para ir adonde quiere ir. Dios, el buen Dios, como se dice, a quien se ama y sirve fielmente en la casa Rivier, en ese pueblecito de Montpezat, en Ardèche, ¿no podría, no querría hacer algo para permitir a esa niña, que quiere vivir, que se ponga de pie y que ande? Mamá Rivier se vuelve decididamente hacia el cielo, ya que humanamente, en aquella época no se podía hacer nada, con la humildad y el atrevimiento de la Cananea: Una palabra, Señor, y mi hija vivirá.

Muy cerca de la casa paterna, se erigió hace un siglo, una capilla de penitentes y detrás del altar se halla una estatua de la Madre de los Dolores con su Hijo muerto en las rodillas, rígido por la muerte, a quien los hombres han dado muerte. Pues bien ahí, en ese rincón más o menos oscuro, se van a abrir para la niña inválida las puertas reales del Cielo. Sabemos que todos los días, durante cuatro años, alguien de la familia, lo más a menudo su madre, lleva a María delante de la Pietá, la sienta encima de una manta y la abandona a la “Madre compasiva” en la espera obstinada de una curación. Y María, la primera, entró en el Juego de la esperanza: ¡Cúrame, cúrame! Y muy pronto hubo en el cara a cara, en el corazón a corazón de aquellas mañanas añadidas unas a otras, durante cuatro años- ¿os dais cuenta?- un fenómeno extraño de ósmosis entre la mujer desconocida del Calvario y la niña que va a ser su cómplice, su Amiga.

María hubiera podido gritar desafortadamente al encontrarse allí sola, frente a semejante espectáculo, sobrecogida de

tedio, de miedo y de hastío. Pues nada de eso, sino al contrario, una avidez curiosa, luego una alegría tranquila serena, silenciosa, como la capilla. Incluso la niña está encantada cuando se olvidan de venir a buscarla hacia el mediodía para la comida. Ha descubierto una plenitud en aquella soledad porque ha descubierto una presencia. El desierto está habitado por esas dos personas vivas, María, la mujer del corazón herido y glorificado, y su Hijo, Jesucristo, el Salvador del mundo. Evidentemente, creo que pocos niños son capaces de vivir eso sin volverse locos y hoy, claro está, hubieran alertado a la policía y los padres hubieran ido a la cárcel, por descuidar a su hija en peligro. Sin embargo, no es raro descubrir en ellos un sentido sorprendente de lo maravilloso, de la admiración y ¿por qué no? de la adoración, cuando ante la extraordinaria desmesura de una Alegría o de un Dolor, se ponen las manos en la boca que no encuentra palabras para decir su asombro. María forma parte de esos niños maravillados. Sólo una mañana hizo una preguntita cuando su madre estaba aún allí. ¿Qué significa eso? ¿Qué significa eso? Se siente superada no por su sufrimiento, sino por el de esa mujer y el de su Hijo muerto. María crece un poco, en todo caso en edad, tres, cuatro, cinco años. Es interminable para nosotras, pero no para ella. Se adentra cada vez más en la densidad.

Cuatro años con ese Juego, ese interrogatorio amoroso, esa espera, esa connivencia, debe marcar para siempre. Y eso es lo que ocurrió naturalmente a nuestra querida enfermita que no dejó de mirar cuanto podía. María se convierte poco a poco en una niña de corazón profundo, una niña interior, de dentro, como nos dirá ella misma, una contemplativa, quiero decir, una repatriada, una ciudadana del Templo, como dice San Pablo. (Ef.2,19)

El 7 de septiembre de 1774, el padre de la niña muere a los 35 años. Y he aquí que, al día siguiente, día de la Natividad de María, Madre de Dios, la niña reclamaba las muletitas que él le había hecho, pero que nunca había usado. Ahí está de pie y

anda. No es todavía la curación, pero se encamina a ella y María desborda de alegría con el deseo maravilloso de cumplir su promesa: llevar muchos niños a María para que Ella les enseñe el camino del Cielo. Un pequeño mundo está a su alrededor y su influencia y su encanto cautiva y captura. Cuando el 31 de julio de 1777, se cae en la escalera del panadero, todo parece hacerla volver al punto de partida. Sin embargo no es nada. Quince días después, en la fiesta de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora, está sentada en el suelo, con las muletas a su lado. Su tío entra en la sala y como bromeando le echa en cara: Vamos, pequeña levántate de ahí; intenta andar Pues bien, lo creáis o no, María se levanta y, sin la ayuda de las muletas, que serán relegadas definitivamente en lo alto de un armario, se pone a andar, incluso a correr dando gritos de alegría. La Madre de Misericordia ha curado a su niña. Ha pasado el invierno, han cesado las lluvias; se oye el arrullo de la tórtola. Ven, amada mía. (Ct.2.10-12) Primer día de una aventura asombrosa, inmensa, para alegría de muchos, para la de Dios. Una aventura que sigue aún hoy día y continuará aun mañana, desafiando al espacio y al tiempo.

Sin embargo las cosas parecen tener dificultad para tomar forma, pero ya lo comprendemos. María está marcada en lo más hondo de su ser por aquellos años que acabamos de evocar, por aquellos años de desierto...el de la capilla de los Penitentes, el de su corazón más solitario aún, habitado por la gran Presencia. Y entiendo la cabezonada de aquella niña de nueve años- pero ¿es verdaderamente una cabezonada?- o mejor aquella corazonada que va a dar que hablar a todo Montpezat...Hace unos días que la ha preparado. Es verdad que se la veía más pensativa que nunca y a menudo, a menudo, como la cabra de Monsieur Seguin, miraba al monte cercano con ojos de envidia. Además, muy cerca de casa, había un camino muy bonito, sencillo, secreto, hecho realmente para los enamorados que subía suavemente, y de repente torcía a la derecha y desaparecía. Ese camino la fascinaba.

Llevaba sin duda al monte, allí donde el aire es más puro y Dios está más cerca. El Más allá llamaba a María. Con una amiguita cómplice, sin serlo del todo, decidió marcharse por ese camino, hacerlo suyo; decidió dejar, abandonar como antaño nuestro padre Abrahán dejó Ur en Caldea y cogió la ruta que llevaba allá, donde la esperaba Dios como aquellos padres y madres del desierto de Egipto, o de Palestina, o de Capadocia, que, como Arsenio el Grande, brillante oficial de Alejandría, habían aguzado el oído cuando Dios le susurró en el corazón: “Huye, cállate y habita en tu corazón” Cogeremos un gran pan de centeno, Anita, y nos iremos a vivir al monte. Pero Anita no es María, no sabe, no ve....Cuando llegó el momento, la víspera del Día grande de la Fuga en mi bemol mayor, capitula, dimite. Tiene miedo. Esa chica a quien María creía tan sencilla no lo fue suficientemente a la medida de sus deseos...Lo contó todo a su madre y a las vecinas, de modo que se temió en efecto que María se escapase de veras.

María está decidida, cueste lo que cueste, y ahí la tenemos, sola, subiendo el bonito camino que se borra bajo los pasos de la niña que se ha eclipsado, con un gran pan bajo el brazo, sin que nadie lo sospeche. ¡Oh! la hermosa feligresa de Dios. Su corazón late sin duda un poco más de prisa que de costumbre, pero canta: El lazo se rompió y escapamos (Sal 124,7). Desgraciada o felizmente, no sé lo que hay que decir, de repente se oyen pasos, pasos de alguien que baja de la montaña, pasos que hacen crujir las hojas, las hojas muertas. ¡Ah! Es la panadera de Montpezat, la Señora Teyssier. Estupefacción por ambas partes ¿A dónde vas, Marinette?...Al desierto, señora...¿Y para qué?...Para rezar a Dios. Ya se adivina lo que sigue: Vuelta a casa, vuelta a la razón. ¡Ay! ¡Esas personas mayores tan curiosamente prudentes! Sin embargo en el corazón de la madre tan angustiada por la desaparición de la hija recién curada, un interrogante: ¿Quién eres, hija mía, quién eres?

Lo más raro, sin embargo, es que esa fuga inacabada no es, en absoluto, como lo hemos sugerido, una cabezonada sino realmente una corazonada, una gran emoción, una oleada que va a trastocar toda su existencia tan laboriosa, y ardiente, tan entregada a los demás, en aquellos tiempos de Revolución y de Terror y después de Restauración y fundación.

Cuando, a los doce años, María acompaña a su hermana mayor, Cecilia al colegio de Nuestra Señora en Pradelles, para “cursar sus estudios” diríamos, y ya que quiere desde el cara a cara con la Pietá enseñar a los niños, ¿no se imaginó un día jugar con sus compañeras a los Padres del desierto? No sé cómo conoció a esos hombres y mujeres venerables que rompieron las ataduras y lo arriesgaron todo por Dios. Quizá a veces, leían en casa esas VIDAS DE LOS PADRES que había traducido recientemente en un bonito francés el más célebre de los Señores de Port Royal, Arnauld de Andilly. Estoy convencido de ello y veo muy bien a María ser todo ojos y oídos soñando ser su émula. Lo cierto es que el patio de recreo de esas Señoras de Pradelles, de tipo más bien ignaciano, se ha transformado ahora en una Tebaida, habiendo construido cada niña su ermita y dedicándose con caras serias a la lectura, a la oración o a la confección de cestos...a no ser que de repente, una de ellas, prorrumpe en risa, porque naturalmente, eso no es de su edad. Nuestra María con su sorprendente poder de seducción, ha arrastrado sin embargo en pos de sí a toda esa gente menuda, y toda su vida será la nostálgica del desierto para rezar a Dios.

¿Por qué extrañarnos? He oído a nuestro Padre maestro, hombre de gran experiencia y de oración confesaros un día: En el corazón de todo auténtico hermano predicador, hay un cartujo que dormita. Es verdad que el mismo Domingo, que no hablaba más que con Dios o de Dios, como se decía de varios monjes o religiosos del siglo XIII, escribió en las Constituciones primitivas de la Orden que el silencio es el padre de los predicadores. Yo me imagino la alegría de María Rivier cuando, siendo

joven maestra de novicias de la Tercera Orden dominicana en Montpezat, leyendo la vida de Santo Domingo, lo descubrió así, andando a menudo en silencio por los caminos de Europa, leyendo el Evangelio de San Mateo que siempre llevaba en su alforja con las queridas Conferencias de San Juan Casiano..., y también y siempre los Padres del desierto.

Los testigos de la vida de Madre Rivier dirán gustosos de ella lo que, mil años antes Pedro Damiano decía de su maestro Romualdo, que introdujo en Occidente el estilo de vida de los Padres de Egipto. Joven duque de Rávena, le gustaba ir de caza a los preciosos bosques de Classe que bordean el Adriático. Pero cuando divisaba un calvero muy luminoso y rodeado de silencio:” ¡Ah! decía a sus compañeros un poco asombrados, ¡qué lugar para ermitaños!” Es literalmente la reflexión de María Rivier a sus íntimas cuando, a su vez, se dejaba seducir por el misterio de algunos lugares, más favorables que otros para la contemplación del Rostro amado. Dicen que en aquellos momentos daba la impresión de que cierta tristeza pasaba por su cara. Sin embargo la suerte estaba echada. Había fundado una familia espiritual que no dejaba de crecer y ella dirigía valientemente, y con qué celo, las innumerables escuelas que había abierto para enseñar a los niños el camino del Cielo. Pero era superior a sus fuerzas esa fascinación por la soledad silenciosa que permite hablar con Dios en silencio. Ella proseguía, claro está, su viaje en la famosa carreta que todos acogían felices. En el fondo de su corazón había construido su ermita, un jardín cerrado, una fuente sellada.

Esa vida interior es la que da semejante peso a sus palabras, una fuerza que traspasa los corazones. Además, un día declarará que nunca habría dirigido la Palabra de Dios a nadie, ni tenido una entrevista, predicado en el púlpito, como en Pont-Saint-Esprit o en Largentière, sin haberse quedado unos instantes en su interior, ahí donde descansa la Schékina, el Dios de gloria. Extraños después de que la gente buena diga: ¡Ah!

Predica tan bien como un jesuita. Estoy un poco celoso y se comprende que hubiera preferido que dijera tan bien como un dominico, pero éstos habían desaparecido casi completamente del mapa de Francia, ellos sin embargo que según Tomás de Aquino, eran contemplativos que entregaban al mundo los frutos de su contemplación. Y eso es lo que fue y lo que hizo Madre Rivier, sobre todo cuando se dirigía a sus hijas religiosas. Hay palabras, imágenes, expresiones, citas bíblicas que son en ella voces que vienen del desierto.

Además no dejará de animar, con palabras ardientes, a esas jóvenes y mujeres llevadas hacia Dios y hacia el mundo para evangelizar, para trabajar por llegar a ser mujeres interiores, que han pasado de la multiplicidad a la unidad, de la diversión y el entretenimiento a la conversión al Único. Nuestra 'principal labor, dirá, es la del corazón. Nos parece oír a los Antiguos, un Bernardo, un Guillermo de Saint-Thierry, un Aelred y tantos otros servidores o servidoras de la Palabra, que ante todo buscaron volver al corazón, cerraron durante mucho tiempo la puerta de sus labios, para que del silencio interior, naciera la Palabra que es luz y vida.

María Rivier dijo un día del silencio del que deben revestirse los apóstoles: El silencio eleva el alma a Dios y hace bajar a Dios al alma. En el silencio le hace oír su voz y le habla al corazón. Las grandes habladoras nunca serán personas de oración.

Sin embargo creo necesario hacer observar que dicha soledad silenciosa que llevaba en ella Madre Rivier no es sólo el resultado de una gran atención para eliminar las distracciones vanas y a menudo estúpidas de la tierra. Fue el mismo Dios quien llevó a María a través de muchas pruebas exteriores, pero también interiores, las de la fe y sobre todo las de la esperanza a hacerse un desierto que fuera pura capacidad de su presencia y de la historia de los hombres tan difícil en su época como hoy.

Es sin duda lo que explica que el rostro que presenta Madre Rivier a aquellos y aquellas que encuentra en los caminos de esta tierra no tiene nada de crispado, de replegado sobre si mismo, de estricto o miedoso. Por el contrario, está iluminado por la fecundidad de los Antiguos del desierto, esa especie de alegría tranquila y pacificadora que ha invadido su corazón y que es un gozo amoroso.



Capítulo II

La poseída por Jesucristo

El trato con Madre Rivier me recordó un día una palabra preciosa de nuestro antiguo maestro Aristóteles. Figuraos que trató de la soledad, como todos los grandes filósofos. Naturalmente me recordó un día una palabra preciosa de nuestro antiguo maestro Aristóteles. Figuraos que trató de la soledad, como todos los grandes filósofos. Habló muy bien, con mucha exactitud luminosidad, fruto de una experiencia personal. Y he aquí precisamente lo que dijo dirigiéndose seguramente a muchas personas que, de su tiempo y de todos los tiempos, antes y después de él, se apasionaron evocando la dicha de la soledad, sin haberla conocido nunca verdaderamente. Porque el desierto no es un lugar más o menos fantástico, sino un estado, una condición de vida tal, que sólo después de unos años de experiencia, uno puede exclamar: ¡ Oh bendita soledad, o única bienaventuranza. Esperando el gran Día del Descubrimiento, habrá que permanecer en la arena y bajo el sol o en el frío, días y días, noches y noches. El desierto y sobre todo el interior puede ser terrible en determinadas horas, despiadado, rechazando la gente que lo ha frecuentado, como el mar rechaza los cadáveres. Y he aquí lo que dice Aristóteles: la soledad no será feliz más que cuando sea plenitud, pero no será plenitud más que cuando sea Presencia. El desierto es una espera, una inmensa esperanza. No es desierto más que porque alguien tiene que venir. Entonces experimentáis la desolación, los alaridos de miedo, de hastío y de tedio que pueden generar una soledad semejante a la que evoca admirablemente Samuel Beckett en su espantoso espectáculo: ESPERANDO A GODOT

Pero ¿a dónde quería llegar yo? Sencilla y maravillosamente a Madre Rivier porque ya detrás del altar de los Penitentes de Montpezat, la soledad de la capilla no era el vacío, como tampoco el cuartito más retirado de su corazón de niña inválida.

María se llenó muy pronto de la presencia tan fuerte de ese Cristo con el corazón traspasado que le ofrecía su Madre. Ni siquiera había tenido que abrir la puerta para que entrara y tomara posesión de su casa interior. Realmente ella no era más que espera, pura capacidad y Jesús había irrumpido en su alma y ocupado en seguida todo el sitio. Y precisamente el Cristo pascual, el Cordero de Dios que fue conducido un día al matadero llevando sobre si toda la miseria, el sufrimiento y el pecado del mundo a fin de transfigurarle en mundo de luz, ella lo vio en verdad y en profundidad.

Más tarde le gustará hablar de aquella visión de Jesucristo, indispensable a sus ojos para llevar a cabo la aventura apostólica. Un día incluso, comentando el relato evangélico de la curación del ciego de Jericó (Lc.18, 35-43) dijo ¡Ah! ¿Por qué no añadió una simple palabrita a su petición para ser perfectamente feliz? Si, si no se hubiera contentado con gritar” Señor, haz que vea”, sino “Señor haz que Te vea”. Para María Rivier todo está en eso, en ver a Jesús - no ciertamente beneficiarse de alguna revelación fulgurante, sino recibir del Padre la gracia insigne de la que habla San Pablo a los Gálatas: Aquel que me separó desde el seno de mi madre, tuvo a bien revelar en mi a su Hijo (Ga.1,15-16) Una revelación totalmente interior y silenciosa, pero tan luminosa y segura que Pablo que no vio a Jesús con sus ojos de carne mientras vivió, audazmente se presentará a las Iglesias mostrando únicamente sus credenciales: ¿No he visto a Jesús, mi Señor? Pues esa es precisamente la gracia que recibió María. Dios respondió maravillosamente a su pregunta de niña doliente, turbada. ¿Qué quiere decir eso? Y le hizo experimentar por dentro el sentido de la Cruz... quiero decir el amor loco de Dios por los hombres, por todo hombre, el amor que va hasta el final, hasta el extremo, a saber: dar su vida. Es por Tí, por Tí. Cuando esté curada y ocupe pronto en el corazón del pueblo el puesto que ya conocemos, su felicidad consistirá en enseñar esa cruz gloriosa tanto a los niños como a las personas mayores, como el único Libro de Vida, en el que se aprende quién es Dios,

quiénes somos nosotros y qué cara vale cada una de nuestras vidas. Una de sus alumnas atestigua: El recuerdo de la Pasión del Salvador era una de sus devociones más queridas. En clase, nos mandaba hacer a menudo procesiones con cruces y otros instrumentos de la Pasión para recordarnos las diversas circunstancias de los sufrimientos de Jesucristo. También nos llevaba, sobre todo los viernes y domingos al Calvario que aún se ve cerca de la iglesia para hacer las veintinueve estaciones, y sabía tan bien hacernos amable ese ejercicio, que siempre íbamos gustosas. Durante toda su vida, Madre Rivier será una contemplativa fiel de Jesús en la cruz, esa cruz ante la cual le gusta postrarse o estrecharla amorosamente. Incluso un día, una Hermana, oyéndole gritar hacia el Salvador en su habitación, se permitió mirar por el ojo de la cerradura y ¿qué vio? A Madre Rivier levantada del suelo, como atraída por la fuerza del amor crucificado.

Mañana, sin duda, bajo la influencia de la espiritualidad ignaciana que la atrae, se fijará en la contemplación del corazón de Cristo. Los textos que nos ha dejado sobre el tema de la devoción al Sagrado Corazón, manifiestan hasta qué punto va, mucho más allá de una devoción que podría ser sentimental, y que en ella, es realmente la toma de posesión de un amor totalmente de Dios así como totalmente nuestro. Al mirar ese Corazón abierto, profundiza el amor inmenso que Jesús tuvo por los hombres, por cuya salvación se entregó a la muerte. El Corazón de Jesús es su interior, el alma de su alma, Jesús es enteramente amor misericordioso. En esa escuela del Corazón y de la Cruz, Madre Rivier se ensancha en la dimensión del mundo, y de la historia. Se convierte muy pronto en la persona compasiva que conocemos conspiradora evidentemente de la Virgen de Compasión, con la que entra en una total comunión de sentimientos.

Si se piensa que desde el encuentro con Jesucristo internamente, María Rivier siente hacia El un inmenso agradecimiento que, muy pronto, se abre a una mirada amorosa muy

sencilla, que es la inteligencia, el sentido de Jesucristo, sin embargo hemos de admitir que la entrada de esos dos señores de San Sulpicio en su vida M. Pontanier y sobre todo M. Vernet., le permitirá un conocimiento asombroso del misterio de Cristo y provocará un entusiasmo hacia el Salvador que le va a encantar y hará de ella esa apasionada de Jesucristo que ya conocemos. Estos dos sacerdotes admirables en cuanto a fidelidad en la tormenta, son además hombres inteligentes y auténticos espirituales de la buena escuela de M. Olier, que fundó en París la Compañía de San Sulpicio. M. Olier es un discípulo admirador de M. de Condren, a su vez, hijo espiritual de los más íntimos del cardenal de Bérulle. Eso es tanto como decir que María Rivier descubrirá la noble espiritualidad de la Escuela francesa, y, por ella la talla eminentísima de Jesucristo.

Digamos primero que María Rivier se ha instalado en Thueyts y ahí, con dos amigas, dirige una escuela que ha tenido el valor de abrir, y a la que afluyen niños del pueblo y de los alrededores. Se siente llamada a la enseñanza. Y lo hace admirablemente, gracias a su inteligencia, a su poder sorprendente de asimilación y a su sentido pedagógico francamente excepcional. Ha decidido abrir con sus amigas y las que vayan a juntarse con ellas, un convento, una institución cuya finalidad será el anuncio de Jesucristo, el catecismo en la escuela.

Estamos a 20 de noviembre de 1796. María tiene veintisiete años. Prepara la fiesta muy próxima de Santa Catalina de Alejandría, el 25 de noviembre. Es verdad que la sedujo aquella filósofa mártir, que brilló por su inteligencia hasta confundir a los sabios y científicos, y que, sin embargo, consideró toda su ciencia y su fama como paja para confesar con la muerte el nombre de Jesucristo. Y he aquí que ese Sr. Pontanier, que aprecia sobre manera a María Rivier y su obra, interviene aquel 20 de noviembre en la orientación del proyecto de María Rivier, proponiéndole que renuncie a Santa Catalina y que ponga su obra bajo la dependencia de la Virgen María en el misterio de su Presentación en el Templo.



Esa fiesta es particularmente querida por M. Olier y su Compañía – y con mucha razón además- y creo que el Espíritu Santo se serviría de la devoción de aquel sacerdote, para lanzar a María Rivier por ese maravilloso camino del Servicio de la gloria de Dios, expresado tan bonita y graciosamente también, en el gesto de la Virgen Niña ofreciéndose a Dios en el Templo de Jerusalén. Después de un primer momento de sorpresa, María Rivier, como ella misma nos lo confía, entra en un gran movimiento de alegría. Siente que es totalmente lo que quiere vivir ella, y el día de mañana hará vivir a sus Hijas. Se reconoce en el movimiento de oblación de esta Niña. Su vida la quiere desde siempre, como una continua Presentación: ¡Heme aquí, heme aquí!

Esa fiesta del 21 de noviembre de 1796 es una epifanía. María Rivier ha descubierto su camino, que es la prolongación del gesto de María Niña y de la aventura que le seguirá, pero que es precisamente el gesto que anuncia todo el misterio de Jesucristo, el perfecto y único Siervo de la gloria del Padre, el gran Religioso de Dios.

Es verdad que la Escuela Francesa sabe anteponer a todo la soberana Trascendencia de Dios. Dios es el Infinito, el Inmenso, el Todopoderoso, el Ser de todos los seres. A El, pues, la pertenencia total, la adoración y la alabanza, y la devoción que compromete la voluntad a cumplir amorosamente el beneplácito de Dios. Amo lo que le gusta, dice Jesús. Tal es la Teología que va a explicarnos el interior y el comportamiento de Jesucristo, el Hijo amado, el Siervo de la gloria, por Quien y en Quien el universo va a volver a encontrar su sentido y por lo tanto su orden y su belleza.

M. Olier, después de Bérulle, se complace en mostrarnos a Jesús, desde el primer instante de su presencia en el seno de María como el adorador perfecto y silencioso del Padre y el que viene para cumplir su voluntad. En todo su ser, como en su

obrar, Jesús no es y no será más que una mirada hacia el Padre, una vuelta al Padre, una continua Presentación. De ahí, evidentemente, la importancia dada por Olier a la fiesta de la Presentación en el Templo. Es absolutamente típica del interior de Cristo y de todos los misterios que seguirán, como por ejemplo el Niño Jesús perdido y hallado en el Templo, la vida en Nazaret, la predicación de la Buena Nueva, la Eucaristía, la Pasión, la Muerte y Resurrección que no serán sino el desarrollo y la expansión de ese movimiento primero del Siervo de la gloria: ¡Heme aquí, heme aquí!. La Cruz y la Eucaristía que perpetúan este misterio, son los puntos cumbre de la Aventura del Verbo Encarnado que continuará en su Iglesia. El cristiano es el hombre o la mujer salvados por Jesucristo para estar en perpetua actitud de presentación, en continuo estado de hostia, para el mismo servicio de la Iglesia que por lo tanto aparece como la vocación fundamental del universo. Que la Iglesia, exclama M. Olier, dilate lo que encerráis en Vos, Señor mío Jesucristo, esa divina religión que tenéis por vuestro Padre en el secreto de vuestro corazón, ayer en nuestra tierra, hoy en el Cielo y en nuestros altares.

No se necesita más, evidentemente, para conmover, encantar y decidir a María Rivier. Ha visto a Jesús desde su más tierna infancia en la apoteosis de su Servicio amoroso. Hoy, descubre la fuente y bebe copiosamente de ella. Con un entusiasmo que nos hace ver continuamente en sus palabras, escritos y en su vida, se consagra a seguir a Jesucristo en esa vida de Presentación, hasta el punto de que un día, hablando precisamente de la ofrenda de Jesucristo en el Templo, confiesa: ¡Esa fiesta me ahoga! La entiendo muy bien. Está arrebatada en el movimiento de Jesucristo y ha llegado hasta el límite en el deseo de conformarse totalmente con Él. Escuchadla cuando habla de Él: Estad siempre cerca de Jesucristo, vaciaos de vosotras mismas y llenaos de Jesucristo. Copiad a Jesucristo que es vuestro todo. Vivid a Jesucristo. ¿Cuándo empezará Él a vivir en vosotras una vida santa y perfecta? ¿Cuándo podremos gloriarnos con San

Pablo de que ya no vivimos por nosotras mismas, sino que es Jesucristo quien está en nosotras y continúa la vida que llevó en la tierra y hoy en el Cielo?... ¡Oh! feliz muerte que da en nosotras la vida a Jesucristo y nos hace vivir de la vida de Jesucristo. O también para resumir su pensamiento y su vida: Nuestra vocación es Jesucristo.

Esa nueva visión de Jesucristo, que es desde ahora la lámpara de los pasos de María Rivier, está lejos de borrar la primera, la del Hijo anonadado. Al contrario, la Cruz adquiere ahora un relieve teocéntrico que aún no tenía plenamente. Se convierte con la gloriosa Resurrección de Jesucristo en el cumplimiento del misterio de la Presentación: Heme aquí, Padre, a mí y a los hijos que me diste (Hb.2, 13) María Rivier se convierte así en una apasionada por la gloria de Dios, ya que deja a Jesucristo vivir totalmente en ella, y con Él, a toda la humanidad y a la misma creación a la que desea ardientemente ver y oír cantar a Dios.

La vida de una religiosa de la Presentación, escribirá un día, debe ser la vida de Jesucristo, ya que está consagrada al mismo misterio: salvar a las almas por la gloria de Dios y su eterna felicidad. Es necesario que sea Jesucristo el que hable, cante, actúe, sufra y muera en ella.

Ya se sabe que a Madre Rivier le gustaba decir a sus Hijas: Sois las hijas del Templo. Supongo que ya entendemos mejor lo que quería decir. Deseaba que fueran adoración y alabanza de Dios en Jesucristo, presentación, ofrenda total de sí mismas, celo ardiente e incansable para que cuanto respira cante a la Trinidad beatísima Solía decir que la fiesta de la Presentación de Jesús no tenía octava, precisamente porque se debe celebrar en todo tiempo y lugar y continuará eternamente en la maravillosa liturgia del Cielo donde finalmente, todos los salvados darán a Dios todo honor y toda gloria por Cristo Rey con Él y en Él.

En cuanto a Madre Rivier, poco a poco se hace totalmente conforme con Él. Verdaderamente se parece a Jesucristo. Un día M. Vernet le enseñó la oración de M. Olier y se apresuró a hacerla suya, y la oración fue escuchada. Ven, Señor, y vive en tu sierva, en la plenitud de tu fuerza, la perfección de tus caminos y la santidad de tu Espíritu para gloria de tu Padre. Y Jesucristo ocupó todo el ser de María Rivier.



Capítulo III

El apóstol de corazón de fuego

Los poseídos, los verdaderos poseídos, son bastante raros. Todo el mundo lo sabe. Tanto los poseídos del diablo como los de Jesucristo. Madre Rivier, ya lo habéis entendido, es uno de los hermosos logros de posesión que conozca la historia de la Iglesia de Jesucristo. Esto, claro está, va a traducirse en todo su ser y en toda su conducta y a veces nos va a asustar porque nos sobrepasa. Cristo ha ocupado todo el sitio, con tanta fuerza, que es su vivo icono. Se sintió agarrada, y, en el fondo, fue ella quien entró en Jesucristo mucho más que Jesucristo en ella. Por supuesto es lo que ocurre cuando se toma conciencia del amor con que todos somos amados, todos, pequeños y grandes, pobres y ricos, necios y sabios, un amor loco puesto que va hasta la Cruz., la inmensa kénosis de Dios. Y a todos se les oye gritar ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Dadnos a Dios! ¡Dadnos a Dios!

Al acercarse a María Rivier se tenía la impresión de ser echado al fuego, de tal manera desbordaba su celo por todas partes y sus actividades eran sin tregua.. Ya sé que la gracia de Dios no destruye la naturaleza, y que, desde su más tierna edad, María Rivier se revela como una mujer llena de vida, con la cabeza y el corazón llenos de ideas, de proyectos, con una voluntad tenaz y un ascendiente indiscutible sobre quienes se le acercaban: un jefe. Acordaos de que prometía a la Virgen de la Piedad, después de las amabilidades que ya sabemos, llevarle niñas, a quienes enseñaría el catecismo. Los testigos son unánimes en evocar la autoridad reconocida por todos, de la que goza y aprovecha también en su pueblo de Montpezat, y no sólo junto a las compañeras de su edad, sino de los adultos, incluso de esos Señores del clero y mañana de los revolucionarios, que no le impresionan en absoluto. Se le confía la escuela, se le suplica que tome la dirección de aquella fraternidad dominicana, totalmente vestida de negro, que camina poco a poco a su

desaparición, la mandan junto a los enfermos, inválidos, desgraciados de toda clase. Quiere consagrar su vida a lo que le parece ser su Camino: Anunciar la Buena Nueva a los pobres de toda clase, romper las cadenas de las prisiones, curar a los sordos y ciegos, anunciar a Jesucristo.

Cuando las Señoras de Pradelles le nieguen la entrada en su noviciado, por su estatura y su salud, con una audacia pasmosa, que es magnanimidad, María decidirá hacer ella misma su convento, ni más ni menos. Mañana –cumple 18 años- cuando haya estallado la Revolución y el Comisario de la República cierre las casas religiosas y las escuelas, incluso, naturalmente el colegio de Pradelles, María, sin complejos, abre su escuela que tiene gran éxito a pesar de la pobreza de los medios y la insuficiencia de preparación intelectual. Todo ello revela un temperamento muy fuerte que no dejará de afirmarse durante los años siguientes. Deja estupefactos a todos, y uno se queda boquiabierto, incluso cuando se siente ridiculizado por el miedo que paraliza o la estrechez de miras que impide hacer cosas grandes. Es del mismo temple que Santo Domingo dispersando a los Hermanos a los cuatro rincones de Europa y siendo un gran escándalo para las personas razonables. Ya sé lo que hago, contestó sencillamente. Seguro que María reaccionó del mismo modo al fundar su convento, cuando todos los demás, incluso los grandes monasterios, se suprimen, ella multiplica las escuelas hasta ciento cuarenta y una y no sólo en Ardèche, en Lozère y Gard, sino hasta Burdeos y profetiza que un día sus Hijas surcarán los mares.

Librémonos, sin embargo, de no ver en María Rivier más que un fenómeno bastante raro de poder de voluntad, otros dirían de voluntad de poder, una administradora excesivamente dotada, una encantadora e irresistible que fascina y arrastra en pos de sí a cuantos se dejan cautivar. Muchos testigos han reconocido que no se podía vivir un solo día con ella sin darse cuenta pronto del origen secreto de tanta magnanimidad y

magnificencia, quiero decir, la presencia en ella de Aquel que vino a traer el fuego al mundo y no parará hasta que todo lo abrase: Jesucristo.

María Rivier es de esas mujeres, de esos hombres que llamamos apóstoles, enviados, personas como nosotros, claro, con sus cualidades y sus defectos y a veces sus heridas que han sido cautivados, fuertemente agarrados por el Salvador del mundo. Y ¿para qué? Pues precisamente para, a su vez, o mas exactamente en Él, Jesús, y con Él, vivir como pirómanos, encender por todas partes en los corazones, fuegos de amor. Cristo disfrutó al mirar a esa niña. Vio que podía llamarla a dejarlo, a abandonarlo todo para seguirle y hacerse pescador de hombres. María estuvo atenta, abrió las puertas de par en par, se dejó coger y lanzar en la Aventura de los Apóstoles. Esta vocación la amó con pasión, como sabía decirlo y repetirlo: ¡Ay! ¡Esta vocación la amo como el Paraíso! Sentíase hecha para anunciar a Jesucristo, mostrar el Cielo y llevar allí a todos. Pero sentía con mucha fuerza que hay que amar cuando aún el corazón no está estropeado por la vida o cuando aún la vida no ha estropeado el corazón. Entonces, los niños, los jóvenes que todo lo tienen que hacer y dejar hacer, eran a sus ojos el mundo privilegiado al que quiso consagrar su vida y la existencia de las que se juntarían a ella, habitadas por la misma noble ambición de una vida lograda.

Habló, a menudo a sus Hijas de su vocación apostólica, en términos que no engañan. Francamente seguía a Cristo y hasta su Hora, quiero decir su Pascua, llevando constantemente consigo esa preocupación, ese amor a los demás que sospechaba e incluso sabía que le costaría muy caro. Por eso no quería tratar con personas tímidas, miedosas o simplemente linfáticas. Necesitamos gente valiente, decía, mujeres que arriesguen el todo por el Todo. Hijas mías, escribía también, si preguntase a cada una de vosotras cuál es vuestra pasión dominante, todas deberíais contestarme:” Es el celo.” ¡Oh! día feliz, tenéis que decir, ¡oh!,

día feliz el que me vio entrar en esta casa! ¡oh día aún más feliz el de mi consagración! ¡Bendita carreta que me trajo a mi parroquia, en medio de mis niñas! Al llegar a una parroquia vuestro celo habría de ser tan ardiente que los mismos demonios tendrían que temblar de miedo y de rabia.

Madre Rivier se sabe cautivada por Cristo como la niña de la Presentación en el Templo, Santa María, como Simón, Andrés, Santiago, Juan y los demás apóstoles, como esos grandes jesuitas, a los que envidia, de los que casi tiene celos, Francisco Javier, Francisco de Régis y otros muchos. Los considera de tal modo como a sus hermanos mayores, que cuando se celebra su fiesta, la fiesta de su final en Jesucristo, a menudo se pone enferma. En torno suyo ya se sabe y se puede oír a tal o cual de sus íntimas con una gran sonrisa al acercarse el 3 de diciembre: Ya llega la fiesta de San Francisco Javier, la Madre va a caer enferma. Cosa que no deja de ocurrir. Es que María Rivier experimenta en su carne una complicidad secreta. Conspira, en el sentido fuerte de la palabra, con todos ellos para que llegue el reino de amor de Jesucristo. Y semejante responsabilidad la ahoga a ella, la pequeña inválida de Montpezat a la que el Señor escogió para estar con Él, continuar su obra, estar totalmente entregada a las cosas del Padre, es decir, a la salvación y transfiguración de la historia tan difícil de los hombres.

Un día, cuando se encontraba en Largentière, había invitado a los fieles privados de sacerdote a reunirse en la iglesia. Fieles a la cita, eran más de un millar esperando a la Madre. Subió al púlpito y se encaramó sobre un taburete para que pudieran verla. Y ahí la tenemos, mirando en silencio a esa multitud que ya no oye hablar de Dios, y luego con fuerza y profunda ternura. ¡Ay! hijos míos, dijo, ¡cómo me gustaría que todas esas cabezas fueran coronadas en el cielo!. Pues bien, así es. María Rivier quiere llevar a Dios a toda esa gente que lleva en ella como una madre a sus hijos, de la que se siente responsable, puesto que Cristo la ha enviado a ella. Además, y esto es bastante

notable, siente por cada uno, cualquiera que sea, y por todos una estima muy alta y profunda. ¡Son tan preciosos a los ojos de Dios y por lo tanto a sus propios ojos!. Y esa es, al parecer, la condición primordial de toda vida apostólica. Ciertamente, tiene los ojos abiertos y el oído atento, quiere ver, quiere saber, quiere conocer. Para ello, está verdaderamente dotada hasta conmoviendo a cuantos son objeto de su atención amorosa. Esto ya se ve, particularmente cuando se trata de sus numerosas Hijas. Las llamaba realmente a cada una por su nombre, sabiendo muy bien, no sólo el lugar de su ministerio, sino las alegrías y dificultades de su apostolado, las luces y sombras de su vida comunitaria.

Las secretarias se quedan boquiabiertas... Cuando uno lee las numerosas cartas que ha escrito a unos y otros, se queda asombrado de esa presencia, de ese respeto, de su fuerza y su ternura. Pero hay otra cosa en ella, o mejor dicho todo ello está penetrado de Jesucristo. Incluso parece que es Cristo quien os envuelve con su mirada, os tiende su mano traspasada por el amor, os hace descansar suavemente en su Corazón. Un día repitió a sus Hijas la admirable frase de Santo Tomás de Aquino, palabra por palabra, como si hubiera escudriñado la Suma Teológica, lo que no hizo jamás, naturalmente. La gracia de Dios en un alma es un tesoro inmensamente mayor que todas las riquezas del universo. Conocía el rostro humano de unos y otros, pero tenía los ojos de Jesucristo para llegar al más allá, quiero decir a esa noble presencia de la Trinidad Santa en todo ser humano. Esa visión del interior, esa llamada a la santidad de Dios, que está en todo hombre y mujer, es lo que explica la desmesura de su celo y las cosas grandes que va a realizar con sus Hijas. Todo en ella es para que se salven todos los hombres.

Sabe muy bien, naturalmente que sólo el Hijo deshecho de la Capilla de los Penitentes es el Salvador del mundo, que sólo El puede hacer pasar de la muerte a la vida, de las tinieblas a la admirable Luz de Dios. Pero también sabe, que el apóstol recibe honor insigne al ser el pequeño peón de Cristo, su ayudante,

como dice San Pablo. María Rivier se presta, más aún se entrega totalmente al Salvador. Y es Él quien va a continuar por ella y sus Hijas el anuncio de la Buena Noticia a los pobres. Él, quien va a multiplicar aún los milagros de misericordia de toda clase, Él, quien por todos nosotros es santo, con esa santidad de obediencia y humillación que ya conocemos. Él, en fin, quien por ella va a seguir rezando y gritando por los pecadores y derramando su sangre. Su celo que visiblemente la consume, exige esa total conformidad con los mártires. Madre Rivier lo vio y se sumió día a día en la profundidad de Jesucristo. En su VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, ha escrito: Si nuestros corazones no están animados del celo más ardiente para trabajar por la gloria de Dios, si no estamos dispuestas a sacrificarnos totalmente por la salvación de las almas, más vale morir al instante. En ella, no eran palabras, frases, sino la convicción más íntima de todo su ser. Y tampoco es una bonita perífrasis preferir ver a su querida Congregación en ruinas antes que tener que confesar que ha perdido su aliento, el aliento de Jesucristo.



Capítulo IV

El heraldo del Evangelio

Le dice de algunas personas que tienen la cabeza loca. No es una flor, naturalmente. María Rivier, como todos los grandes apóstoles de Cristo, es un corazón plenamente apasionado como Cleofás y su compañero, después de que Jesucristo los alcanzó en el camino de Emaús y les descubrió el sentido de las Sagradas Escrituras. Os acordáis de que, cuando reconocieron a Jesús en la fracción del pan y trataron de revivir los preciosos instantes de la ruta, dijeron entre otras cosas: No ardía nuestro corazón, dentro de nosotros, cuando nos hablaba por el camino? (Lc.24, 32) Evidentemente, ese fuego es el Espíritu de Pentecostés que hace experimentar interiormente el mensaje de Jesucristo y da a los Apóstoles palabras ardientes que trastornan sus vidas. Durante cuatro años, ya lo hemos dicho, María Rivier hizo una Lectio divina como jamás probablemente podremos hacerla. Miró cuanto pudo a Jesús y a su Madre, escuchó, y cuando salió de allí, curada, como sabéis, ya estaba hecho. Su corazón ardía para siempre y estaba embriagado de amor. Quizá no se manifestara en seguida, porque el Amor tiene sus edades, pero cuando llegó la hora de la vida pública, entonces fue como un incendio. María Rivier se sintió llena de una palabra de fuego, fuego que también es de un gran frescor. Se sintió portadora y responsable y enviada precisamente para compartirla, para enseñar esa Buena Noticia, ese Evangelio a los pobres de este mundo.

Muy pronto, como sabemos, tuvo la certeza de que su vida y su alegría sería enseñar el catecismo. Según el testimonio de Sor Sofía: De repente le vino el pensamiento, por vez primera- no tenía aún seis años- que si Dios la curaba se dedicaría a dar clase. Ese pensamiento la ocupaba con tanta fuerza, y encontraba en él tanto gusto, que estuvo mucho tiempo profundizándolo-



DU CHEMIN JE NE VIS QUE CROIX ...

lo. Se veía rodeada de una tropa de niñas a quienes explicaba la lección y hacía el catecismo, y esa idea le encantaba. Desde aquel instante, el pensamiento de las escuelas apenas se alejó de su alma. Un movimiento secreto, dice María Rivier, me llevaba a entregarme a esa obra de un modo irrevocable.

Estoy verdaderamente conmovido ante esa revelación de una pequeña inválida que, después de su curación, va a consagrar enteramente su vida a la Palabra de Dios, anunciada de mil maneras. Y como el Señor es lógico consigo mismo, le va a dar a María, no sólo una facilidad asombrosa para escuchar al Verbo divino, asimilarlo, enriquecerlo también con todo lo que lee y oye, sino con todo eso un talento de orador que difícilmente uno puede imaginar. Sabrá hablar, escribir con acierto, en comunión con el otro, con un estilo y un vocabulario que os mantienen en vilo, os encantan, os llegan al corazón y hacen brotar lágrimas de felicidad e inician un verdadero cambio de vida. Y con todo eso unos ojos vivos, insoportables para unos, pero cuán liberadores para otros, para muchos que deberán su felicidad a la palabra arrolladora de esa mujercita que decididamente parece tener en ella la fuerza de Dios. Ha dicho que ama esa Palabra, ese Verbo de Dios. Un día dijo a sus Hijas que tenían que comer el Evangelio a fin de convertirse en Palabra.

Es lo que hizo con una gran sencillez. Ciertamente, sin ser una exégeta, pero con esa gracia que Dios reserva precisamente a los pequeñuelos que llaman con empeño a la puerta del conocimiento, se puso a la escuela de Jesucristo como una discípula inquieta y curiosa; y a lo largo de su vida, siempre será la niña superada por el misterio, que interroga, quiere penetrar en el interior de las palabras, de las imágenes, de los acontecimientos. ¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir? Es la pregunta del pueblo de Dios en el desierto del Éxodo, cuando el suelo se cubrió de un polvo blanco: ¿Man-hu, man-hu? ¿Qué quiere decir? Así es como estudió a Jesucristo, lo comió, lo asimiló para identificarse con Él por amor. Ya se puede decir entonces que el Evangelio

entró realmente en su carne, se hizo su respiración, su discurso. Leamos sus meditaciones sobre los Misterios del Salvador, su VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, sus CHARLAS, sus CARTAS y veremos hasta qué punto no cita la Palabra de Dios, ella es la Palabra viva que hoy os alcanza y os lleva a la adoración, la acción de gracias o la súplica y las lágrimas.

A lo largo de su rica existencia, María Rivier, se sentirá enviada, para proclamar por doquier, en ese desierto de Dios, creado por la Revolución y el Terror, lo que escucha constantemente en lo secreto. Jamás podrá quedarse tranquila mientras sepa que Jesucristo no es conocido en alguna parte. La Palabra de Dios hierve en ella, la quema y la urge para que vaya a proclamarla.

Figuraos que hubiera querido incluso, si hubiera sido posible, bajar a los Infiernos a enseñar el catecismo a los condenados y ¿por qué no al mismo Diablo? Quizá se hubiese salido con la suya...con los santos nunca se sabe. No es porque contara consigo, con su saber, con su elocuencia. No. Pero estaba convencida del poder del Verbo de Dios del que estaba revestida, y del que quería ser la Sierva. Entonces entendemos su estima y celo por el catecismo. Lo consideraba como la forma elemental, claro, pero primordial del Anuncio de la Palabra. Enseñar el catecismo era una necesidad que le incumbía; se sentía responsable de ella y quiso que en cada una de las escuelas donde enviaba en misión a sus Hermanas, fuera, realmente, la práctica cotidiana de la obra principal de su ministerio.

Prefería suprimir la escuela, quitar a las Hermanas, si el catecismo no ocupaba el primer lugar de la enseñanza dada a los niños. Lo veía no como una clase de Religión, sino como una verdadera predicación, una proclamación sagrada que no podía dar fruto, un fruto de vida, sino en la medida en que la enseñanza del Evangelio, de las bases de la fe, hubiera pasado por el horno de la caridad, precedida por la oración y dada en un

ambiente que pareciera venir de Dios. Un catecismo bien hecho, escribía, puede tener un alcance insospechado en la vida de los niños o de los jóvenes a los que se dirige. Mañana, pasado mañana la semilla echada en tierra dará su fruto. Cuando la familia presentina se haya extendido y María Rivier deba dedicarse enteramente a la administración y a la dirección espiritual de sus Hermanas, cuando envíe a tal o a cual a llevar el mensaje de Jesucristo aquí o allá ¡Ay! dirá con profunda envidia ¡cuánto envidio su suerte. ¡Siento tanto ya no poder dar clase y sobre todo no enseñar el catecismo como antes! Confesaba que estaba continuamente consumida interiormente por el deseo de hablar de Dios a los niños, de darles a Dios.

Sin embargo, cuando se está, como ella, como todos los grandes apóstoles, poseído por el fuego de Pentecostés, es imposible encerrarse en ese pequeño mundo, aunque ese ministerio se revele tan importante y delicado. María Rivier, ya lo he dicho, recibió de Dios un corazón inmenso. Por eso se la vio muy pronto salir de su escuela para dirigirse a los adultos y muy particularmente a las mujeres de Montpezat primero, luego a la gente de todas las parroquias adonde iba, y que, en aquellos momentos estaba privada de sus sacerdotes y por lo tanto de los sacramentos. Convocaba a su gente sobre todo en la iglesia, y ahí, les hablaba con una fuerza increíble y al mismo tiempo con una unción que arrancaba lágrimas, no contentándose con evocar los grandes temas de la fe cristiana, sino entrando más y más en lo concreto de la vida conyugal y familiar que ella iluminaba con el fuego y las exigencias del Evangelio. Entonces hablaba con una sencillez conmovedora, como una hermana a sus hermanas y hermanos o mejor dicho como una madre a sus hijos. Su predicación estaba al mismo tiempo muy al alcance de todos y resplandeciente de luz, y levantaba el ánimo de esos pobres a quienes tenía el honor de llevar la Buena Nueva.

Se preparaba con una oración intensa, como se lo confiaba a sus íntimas: Sin el Espíritu Santo, decía, no podemos

hacer nada que merezca la pena. Tiene que ser Dios quien ilumine y mueva a las personas mientras les hablamos. Abandonada a mí misma estoy segura de estropearlo todo. No habló nunca a la gente de fuera, ni a las Hermanas, a las novicias o a las niñas sin haber reflexionado y orado mucho.

Había que verla dirigirse hacia el lugar donde iba a explicar la Palabra. Impresionaba por su recogimiento, y también por esa especie de poder interior, de dinamismo que animaba su rostro. Se veía claramente que iba a un combate, al cumplimiento de un gran ministerio, portadora de los misterios de Dios, de los que iba a hablar a la gente, cualesquiera que fuesen. Y si se hubiese podido penetrar en el interior de su ser, ¡ay! ¡qué revelación, qué contraste! Estaba literalmente dividida entre la grandeza de su misión y la conciencia muy clara de su pequeñez, de su miseria y su pecado, como ocurre a menudo a los apóstoles de Cristo. El Señor la labraba literalmente bajo el arado del miedo, del hastío y el tedio. Es verdad, que desde la famosa misión en que se quedó completamente anonadada por las amenazas de cierto capuchino, había en ella una herida tan profunda, que sobre todo al final de su existencia estará, a veces, al borde de la desesperanza. Fue, sin duda, una de las razones de su éxito. En efecto, todo puede cambiarse en camino de vida para quienes Dios envía, y no estoy lejos de pensar que, si la predicación de María Rivier traspasa el corazón de los oyentes, es porque sufre así, sin que nadie lo sepa, ni siquiera lo sospeche.

Si la hubieseis acompañado cuando iba a explicar la Palabra, el Verbo de Dios, hubierais podido oírla sin embargo gemir a veces: Santísima Virgen, socórreme. ¿Vas a negarme lo que te pido? ya sabes que se trata de ti y de tu Hijo. Pero cuando llegaba al púlpito en la iglesia, o a la mesita que le habían preparado, pero a la que se sentaba muy pocas veces, estaba como transfigurada. Vivía la Palabra del Señor Jesús: Cuando la mujer va a dar a luz, sufre porque ha llegado su hora. Pero ¡qué alegría cuando el niño está ahí, entrando en el mundo! Me acuerdo del

testimonio del mismo San Pablo: Mi predicación no tuvo nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fue una demostración del poder y del Espíritu. No he querido saber otra cosa sino a Jesucristo (1Cor.2, 2-3) Madre Rivier apoyaba toda su predicación en unas palabras muy sencillas, repetidas muchas veces, y hablaba durante una hora sin desfallecer. Su auditorio estaba literalmente transportado. No se vanagloriaba por ello, tal era su conciencia de ser únicamente el peón de Dios, un pequeño instrumento, de calidad, claro está, pero que dejado a sí mismo, no hubiera podido hacer nada válido. En las manos de Jesucristo y de su Madre todo sería posible.

Hela aquí, pues, incansable - por lo menos aparentemente- respondiendo a las llamadas, suscitando encuentros para anunciar a Jesucristo. Sufro cada vez más, decía, sabiendo que hay tantas parroquias donde no hay nadie para enseñar el camino del Cielo...¡Ojalá fuésemos muchas para dar a conocer y hacer amar a Jesucristo! Si pudiéramos abrasar todos los corazones en su Amor! Uno se imagina su sufrimiento al ver que su celo no contagiaba a sus Hijas que, numerosas, se habían puesto a su escuela para entrar en su misión. La mediocridad o la indiferencia la ponían mala. Hubiera querido, naturalmente, que todas ardieran en el mismo fuego que la devoraba. En el Reglamento de las Escuelas Cristianas, escribirá con miras a sus Hijas cuando se van a misión: Una Hermana de la Presentación de María penetrada de la santidad y sublimidad de su vocación y realmente animada por el espíritu de su estado, se sentirá penetrada de un gozo secreto, sentirá reanimarse sus fuerzas e inflamarse su celo al llegar el momento en que ha de empezar el santo ejercicio del catecismo. Este es el fin de su Instituto, el término de sus otros trabajos: tiene que ser la ocupación querida de su corazón. Compartir con Jesucristo ese amor tierno y ardiente que tiene por las almas rescatadas con su sangre, enseñar a las niñas a conocerlo y amarlo desde su más tierna edad, debilitar el reino del demonio y del pecado, preparar a la Iglesia verdaderas cristianas, ¡qué honor, qué gracia, qué consuelo!

Las Hermanas confesaban que no podían estar una hora con María Rivier sin escapar, presas de asombro, ante la inmensidad del ministerio, o sin quedar prendadas por el mismo celo para anunciar al mundo a Jesucristo.



Capítulo V

La novia del Cordero

Sí pues, María Rivier vio a Jesús. Lo agarró. Se dio cuenta perfectamente de que El se había apoderado de ella, para que estuviera con El en la plenitud del sentido y la belleza de la expresión de San Marcos al evocar la elección de los Apóstoles: Instituyó a Doce para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar, con poder para expulsar a los demonios (Mc.3, 14). Comprendí que no se trataba de una camaradería, sino de esa especie de invasión respetuosa del Otro que hace de vosotros el sacramento de su Presencia y de su Obra. La Beata Isabel de la Trinidad llamará a eso la humanidad por añadidura en la que Cristo renueva todo su misterio Si, si queréis pero creo que la añadidura está demás, que es sencillamente Él quien ocupa todo el sitio. o más exactamente aún el que impregna todo el ser y el obrar del Apóstol. Por eso si Jesús el Salvador del mundo proclamó el Evangelio a los pobres, va a continuar el anuncio de la Buena Noticia a través de la predicación, bajo todas sus formas, de sus enviados.

Es lo que se realiza en María Rivier comprometida como está con la Palabra repitiendo a tiempo y a destiempo con esa fidelidad, esa sabiduría, esa fuerza increíble que hemos descubierto en ella y que será la nota específica de su familia religiosa. Señalando evidentemente que hay en la vida de los apóstoles una forma de predicación sin palabras, aún más eficaz, el testimonio de la vida. Cuando María Rivier conversaba con sus religiosas y especialmente con las responsables de las casas, insistía mucho sobre esa necesaria manifestación del Evangelio en la vida de cada día. Pensaba, con mucha razón, que era más mirada que escuchada. Todo su ser tenía que resplandecer con la belleza del Evangelio. Y así era. La declaración de los testigos en las diferentes encuestas hechas con miras a la beatificación de María Rivier, dicen todas, hasta qué punto era conmovedor el leer el Evangelio

a través de su vida. Ella era el canto de las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña. La pobreza del corazón, la mansedumbre, la compasión, la misericordia y el hambre de justicia, la pureza de corazón, la concordia, la alegría en las contradicciones y las pruebas de toda clase por Jesucristo, esa es María Rivier. Muchos dicen que había que huir de ella cuando no se quería ser mejor, o hacerse santo.

Pero vayamos mucho más lejos en el análisis del perfil apostólico de María Rivier. Un día, imaginaos que tuvo el valor de decir a sus íntimas: Quisiera encarnarme en el sufrimiento. Es muy fuerte, pero claro, es lógico, cuando, como hemos dicho, uno se sabe cogido por Jesucristo, a fin de estar con Él, el Amante de manos traspasadas, de pies traspasados y de costado abierto de par en par por el Amor. Cuando detrás del altar de la capilla de los Penitentes de Montpezat María conoció ese largo cara a cara a cara con Jesús en los brazos de su madre, lo miró mucho y Él la miró y se entendieron. Ya vio que la invitaba, no sólo a dejarle proclamar en ella y por ella su Evangelio, sino a entrar en el espesor de su santidad de obediencia y humillación, en su oración por los hombres, una oración acompañada de gritos, lágrimas sobre todo en el misterio de su santa y preciosa Cruz.

Uno no puede menos de conmoverse al comprobar con qué seriedad y hondura María Rivier se sintió llamada cada vez más a encarnarse en la oración de Jesucristo y en su Pasión gloriosa. Ahí se sentía en el corazón de la vocación apostólica, en el Santo de los Santos donde se juegan la salvación y la transfiguración de la historia tan difícil de los hombres. Hay que releer atentamente la conferencia muy hermosa que dio un día sobre el Corazón de Jesús para ver hasta qué punto lo comprendió.

¡Cuántas riquezas encerradas en ese divino Corazón!
¡Qué pena, queridas Hijas, que no vayamos a beber a esa fuente de todas las gracias, a calentar nuestros corazones en ese horno



CORAM ANGELO BAPT
...

IEU I"

LE LION

de amor, y a enriquecernos con todas las virtudes! El Corazón de Dios nos está abierto; entremos confiadamente y tratemos de encontrar en él un buen lugar. No temamos ser rechazados; es lo bastante grande para contener el mundo; ha sido abierto para recibirnos a todos; pero, si queremos entrar en Él y tener lugar en esa nueva Arca, fuera de la cual se parece desgraciadamente en las aguas del diluvio, purifiquemos nuestros espíritus y nuestros corazones; destruyamos en nosotros la estima de las cosas de la tierra.

La entrada en esta casa del Señor no está permitida sino a los que poseen o desean sinceramente el tesoro inestimable de la santidad; no está permitida sino a las almas que por su sencillez y su pureza representan a la tórtola y buscan como ella el retiro huyendo del mundo, no yendo jamás a él sino por deber y con Jesucristo; a las almas en fin, que por su unión íntima con Jesucristo merecen ser contadas en el número de sus esposas.

Además ese sentimiento es tradicional en la Iglesia como podemos comprobarlo claramente a través de las líneas del gran Macario: Los que han sido juzgados dignos de ser hijos de Dios y de nacer del Espíritu Santo, suelen llorar y afligirse por todo el género humano. Rezar por la humanidad entera derramando lágrimas, porque están ardiendo de amor espiritual por toda la humanidad; luego, el Espíritu produce tal gozo y tal entusiasmo de caridad en ellos, que quisieran, si fuera posible, encerrar en su corazón a todos los hombres sin distinción entre buenos y malos. (Macario, Homilia 18) Esa es María Rivier. Como el Señor Jesús se hace pecado del mundo, miseria del mundo, luego se pone en la brecha con alaridos y lágrimas. Ya sabemos cuánto le gustaba la figura de Moisés, el responsable del pueblo de Dios. Lo veía en la montaña, con los brazos en cruz, suplicando por el pueblo, que luchaba contra los Amalecitas y consiguiéndoles la victoria con su oración ardiente y perseverante. ¡Qué desgracia si bajaba los brazos! Pues bien era eso lo que ella quería ser, la que intercede con tenacidad y merece para sus

hermanas y hermanos la victoria sobre la miseria y la desgracia. Supongo que en la historia de la Iglesia de Cristo, no hay un apóstol digno de la misión que le incumbía que no haya sido un hombre, una mujer de lágrimas, un ser de compasión que no quisiera estar con el Cordero de Dios por sus hermanos los hombres. A María Rivier le gustaban esas grandes figuras apostólicas.

Aunque apenas insiste sobre aquel a quien en Montpezat llamó nuestro padre Santo Domingo, ¿cómo queréis que no se haya conmovido al descubrirlo a través de lo que podían saber, leer o decir esas señoras de la fraternidad dominica, de las que prácticamente era responsable?. Sólo recordaré cómo Domingo, dicen las crónicas del tiempo, estaba lleno de celo por la salvación de las almas. Su caridad y compasión no sólo se extendía a los fieles, sino a los incrédulos, los paganos y hasta los condenados del infierno. Lloraba mucho por ellos. Otro testigo en su proceso de canonización de Toulouse afirma que cuando estaba en oración, gritaba tan fuerte que se le podía oír junto a la iglesia, y en su clamor decía: “Señor, ten piedad de tu pueblo; ¿qué va a ser de los pecadores?” Y así pasaba noches enteras llorando y gimiendo por los pecados del mundo (Guillermo Peyre)

Si María Rivier pudo escribir a sus Hijas, que, a su parecer, no se entregaban con bastante generosidad a su ministerio apostólico: Voy a gritar por vosotras a Dios como una loca, ¿no sigue siendo la historia sagrada de los gritos del Señor y de sus amigos? Al igual que Domingo que en su oración no deja de mirar, de dirigir amorosamente la mirada a la Cruz, estando a veces de pie con las manos levantadas, a veces con los brazos en cruz, otras postrado en el suelo como aplastado por el peso de los sufrimientos y miserias de los hombres, así Madre Rivier ante la gran Cruz que ama y que a menudo estrecha con mucha fe ¡Misericordia, Dios mío, misericordia! Ese era el grito que muy a menudo dejaba oír. Uno no puede menos de emocionarse

ante ese hacerse cargo de los demás tan auténtico, de sus dolores, de sus pecados, de esa confianza tan absoluta de los santos en el triunfo de la Misericordia. No daré como ejemplo más que esa admirable súplica a Nuestra Señora, que traduce con tanta fuerza el corazón apostólico de Madre Rivier: Santísima Virgen María, clamaré a Tí como una loca hasta que oigas mis deseos y conviertas a tus hijas relajadas. Las pongo en tus manos y me descargo enteramente de mis Hermanas. Si no me las cambias, tendré seguramente el dolor de ver que nos abandonan.

Sabe que hay que saber llamar para que abran, pedir obstinadamente para recibir. Y ¡cuántas veces de un modo maravilloso, el Señor y su Madre Santísima han oído los clamores de María Rivier! ¡Ay! ¡cómo comprendo que no cese de animar a unos y otros a imitarla y hacerse súplica ante Dios!. A las Hermanas las quería conscientes de su mediación, de la espera de ese Dios que las había conquistado para que fuesen de verdad intermediarias entre la miseria y la misericordia. A sus ojos era la parte más importante de su vocación, de su ministerio con los niños y las personas mayores. Suponiendo que ya no pudieran enseñar el catecismo, que estuvieran impedidas en su casa por la invalidez o la vejez, siempre tendrían el hermoso servicio de la intercesión, ése que además, para nosotros, peregrinos en esta tierra, continúa en el Reino de Dios.

Madre Rivier pensaba que la gente se agarraba a su manto y al de las Hermanas para entrar con ellas en el Paraíso. Lo agarráis, os agarramos y todo está en una sola Iglesia. (Claudel). ¿Por qué extrañarnos entonces si, desde los años 1805- 1806, sueña con una casa toda y únicamente consagrada a la oración? Dice y repite a quien quiera oírla: En la Congregación necesitamos a Moisés. Quiere Hermanas totalmente dedicadas a la intercesión, en presencia del Santísimo Sacramento, para el ministerio de las demás religiosas, pero también para Francia y para el mundo entero. Sabe con qué dificultades chocan los apóstoles y cuán difícil es poner una onza de fe,

esperanza y amor en la vida de los hombres. Por otra parte, comulga tan fuertemente con el pensamiento de San Pablo, viendo a los apóstoles como auxiliares de Dios, dando Dios sólo el crecimiento a la semilla que hubieren podido sembrar en el corazón de la gente. Por lo tanto se necesitaba oración, una oración-intercesión continua para llamar a las puertas de la misericordia. Su proyecto se realizará veinte años más tarde.

Ya se había presentido que Sor María Eyraud, la primera de esas orantes, asumiría generosamente su oficio, su hermoso ministerio de oración, desde el 21 de junio de 1821. El 24 de septiembre de 1827 siete Hermanas se dedicarán a ese mismo ministerio, constituyendo una especie de Tercera Orden que recibirá y formará a las eventuales postulantes a la oración, que además se presentan en número bastante impresionante. María Rivier se alegra. Sabe que la oración todo lo consigue, mueve montañas. Desde la fundación de la casa de la Presentación, escribe, me he convencido cada día más, de que nada se puede sin oración, y que cuanto se ha hecho hasta ahora se ha arrancado al cielo a fuerza de oración. Dios me ha dado para la oración la mayor fe y la más firme esperanza desde mi más tierna infancia. O también: ¿Cómo sostener una familia religiosa tan extensa, a tantas Hermanas jóvenes lanzadas a las parroquias donde encuentran, la mayoría, tan pocos recursos para sostenerse en el espíritu de su vocación apostólica?

Si, necesitaba María Rivier ese punto de apoyo que eran sus Moisés, esas reservas de gracias que acumulaban. Las veía postradas a los pies del Señor para pedir a voz en grito en favor de sus Hermanas enviadas a misión, la bendición y la fuerza misma de Dios. Sin ellas, decía, no creo que el Cuerpo pueda sostenerse ni hacer mucho bien. Y María Rivier les pedía el rezo diario del Rosario entero y, al menos una vez por semana, ese ayuno del que Jesús habla en el Evangelio, que, unido a la súplica, tiene el poder de expulsar al Adversario. La vida silenciosa, pobre, sobria, laboriosa, de la Sagrada Familia de Nazaret, eso es

lo que tenían que continuar. Ocultas a los ojos de todos, serían como el corazón de la Congregación, la levadura en la masa. ¡Ay! decía también María Rivier, quisiera tener una casa llena de adoratrices. Me parece que nos atraerían todas las gracias del cielo. Como ya sabemos fue a confiar su proyecto a Nuestra Señora de Fourvière, depositando ante ella el modesto cuaderno en el que había escrito, de su puño y letra, los detalles de la existencia de sus Moisés, a las que llamaba también con mucho respeto y veneración, mis escondidas. Si es verdad que muy pronto la acción pudo más -¡es tan difícil estar sólo en la oración!,- si prácticamente esos Moisés bajaron de la montaña, hay que decir que María Rivier sufrió mucho por ello. Pero creo que en la gloria de Dios, hoy, su corazón está de fiesta, puesto que toda su familia religiosa se viste de oración, se dedica diariamente a la adoración y a la súplica a pesar de todas las exigencias y obligaciones de una vida apostólica tan devoradora.

Además, como respuesta a los deseos de María Rivier, sobre todo en estos últimos años, se han multiplicado en toda su familia religiosa, las casas de oración cuya única y maravillosa finalidad consiste en ser en el corazón de la vida del mundo esos lugares de admiración, adoración, alabanza y eucaristía a la vez que de súplica que dan el tono a todas las operarias del Evangelio y son como otras tantas fuentes de vida.

Pero ¿cómo queréis que Madre Rivier se haya dejado coger por el Cordero de Dios, el Hijo deshecho, y no haya entendido inmediatamente que Él iba a invitarla a mezclar su sangre con la suya por la redención y la transfiguración del mundo?. Como lo hemos visto, al final de su vida, dijo, esa cosa espantosa a primera vista: Quiero encarnarme en el sufrimiento. Es una locura ¿verdad? Pero es que el Señor Jesús le pidió, en efecto, que se desposara con la locura de la cruz, bebiera su cáliz, extendiera los brazos y se dejara conducir donde no hubiera querido ir. Si, entró demasiado hondamente en la inteligencia del misterio del Amor para no haber sentido muy fuerte que

Cristo la invitaba a continuar en su carne su dolorosa y gloriosa Pascua. Recordemos que su primera y definitiva visión de Cristo que tuvo en Montpezat fue la del Hijo deshecho que le presentaba María, la Madre desolada. María Rivier guardará a lo largo de su existencia, no digo el recuerdo, sino la presencia de ese Rostro extenuado por el Amor que da sin cálculo. No pudo contentarse con adorarlo y bendecirlo, sino que sintió una llamada muy fuerte a la complicidad, a la conspiración, a la compasión. A los Antiguos les gustaba decir que un cristiano no es nunca un adorador de la Cruz, sino un amante, un profeso. Pues esa es Madre Rivier.



El sufrimiento, bajo todas sus formas, lo conoció a lo largo de su vida. En su cuerpo, naturalmente, pero mucho más en su alma que, a medida que lo fue consiguiendo, se adentró más y más en el misterio de la Agonía del huerto de los olivos, quiero decir, en el miedo, el hastío y el tedio. Sin embargo Dios sabe si Madre

Rivier estaba en contra de todo eso. Su carácter alegre, optimista, esa luminosidad del rostro y ese humor, que hacía de ella un talismán, engañaba. Y pocos fueron los que supieron...el Sr. Vernet, naturalmente. Es una pena que no se hayan conservado las cartas que Madre Rivier le enviaba al final de su vida. No tenemos más que las respuestas tan prudentes, serenas, y alentadoras del maestro espiritual. Pero nos hacen sospechar los abismos en los que el Amor sumió a Madre Rivier. Un día, una de sus Hermanas vino a hablarle de sus pruebas personales en su vida de fe y de las tentaciones de toda clase que suelen acompañarlas. Madre Rivier le dijo sencillamente esto: ¡Ay! Hija mía, sus pruebas y tentaciones las he conocido todas. Tenía un sentimiento muy fuerte de indignidad de estar al frente de su familia religiosa, de manera que suplicaba a sus Hermanas la dejaran entrar en el silencio. Pensaba que si unas y otras no pertenecían más seriamente a Jesucristo era por culpa de sus cobardías. Nadie lo creía, pero ¡tratar de hacer entender a los grandes amigos del crucificado que ya no tienen reacciones razonables! ¡Ay! Hijas mías, ¡ya sé que no es así como debe vivir una superiora! Y se necesita la lucidez y la fuerza de ánimo del Sr. Vernet y de sus asistentes para que se quedase en su puesto, su puesto de combate y que siguiera adelante con el compromiso total que sabemos.

Se podrían sacar de los escritos de Madre Rivier muchas expresiones que revelan su sentido eminente de la Cruz y su dicha al beber del cáliz y dejarse conducir donde no hubiera querido ir. Y por lo tanto, uno no se extrañará si invita a sus Hijas y a muchos de sus interlocutores a coger ese camino real que conduce al Paraíso y salva al mundo. Hija mía, ¡viva Jesús, viva su cruz!. La salud, la enfermedad, los empleos de toda clase, las penas, las pruebas, las humillaciones, hay que abrazarlo todo por amor a Jesucristo y la salvación de las almas. ¡Oh! cómo deseo que aprovechéis todas las cruces que el Señor os envía para estableceros en ese amor generoso que pide de vosotras.

Esos desposorios con la Cruz del Señor, Madre Rivier los vivía realmente en la gratitud y la alegría. Incluso tenía un humor enorme cuando las cosas iban lo peor posible, lo que le impedía caer en esa mala tristeza que detiene el impulso del corazón y hasta lo ahoga a veces. Quisiera que fuese lo mismo para los demás, segura como estaba de que la Cruz es el Camino. Vivid en la alegría del Señor, escribía, y manteneos en su paz. Daos buena vida y engordad un poco para agradarme. Cuando vaya a veros nos reiremos juntas. Decía eso a la pequeña Sor Inés cuya salud se iba deteriorando bajo el peso de las pruebas que, en efecto, cogía por el lado trágico. María Rivier había descubierto el secreto de esa alegría dolorosa, de esa tristeza radiante que salva situaciones aparentemente enredadas. Si, había sufrimiento, pero lo sabía ya vencido e incluso como semilla de gloria para el mundo entero. Cuando se lee atentamente la vida de Madre Rivier, después de haberla seguido en lo cotidiano de su adhesión a Jesucristo, no se puede por menos de cantar: ¡Qué grande es el misterio de la Fe! Pues eso es: Ha vivido la aventura de Jesucristo como María la Compasiva, como los apóstoles bebiendo hasta el borde la copa de su querido Señor. María Rivier no escapó a la ley del Amor y nos lleva tras ella hasta que Él vuelva.





... ETRE UN EVANGILE OUVERT ... ”

Capítulo VI

La Madre

No es que despreciara en absoluto o negara ese maravilloso nombre de Madre que le daba todo el mundo, espontáneamente hasta tal punto irradiaba el amor y uno se encontraba seguro junto a ella, pero como supo decirlo un día durante los primeros años del siglo XIX cuando intentó fusionar su Instituto con la Instrucción del Puy: Ese nombre de Madre me llena de confusión. Lo tomaba muy en serio, en efecto. Llevar a los demás en sí, alimentarlos con la propia substancia, traerlos al mundo humana y divinamente, ayudarlos a avanzar por el camino de la vida, todo eso evocaba en su corazón el título de Madre. Quizá por humildad, pero también por subestimarse a sí misma, temblaba al pensar que Dios la quería donante de vida y que la gente se apoyaba en ella, contaba con ella, esperaba, reclamando que fuera para ellos fuente de dicha. Y lo fue sorprendente, admirablemente. Ya se sabe que cuando reconocieron sus restos, encontraron intactos el corazón y la mano de María Rivier. En efecto el Sr. Vernet les había hecho embalsamar. Aquel hombre de Dios que comprendió mejor que nadie el misterio Rivier no había querido que fueran reducidos a cenizas aquel corazón que había latido por Dios y sus cosas, y aquella mano que para una multitud de gente fue el sacramento de la ternura de Dios. Y me acordé de la reflexión de un hermano muy querido. Habíamos celebrado juntos la Pascua rusa con nuestros hermanos ortodoxos de París. Una noche más clara que el día. Cuando de madrugada volvíamos a nuestro convento el hermano Jean-René me dijo: Realmente era el cielo en la tierra. Luego nos callamos. Un momento después añadía: Sin embargo conozco algo aún más estupendo que la liturgia de San Juan Crisóstomo. Es cuando dos hermanos se dan la mano y el corazón. Durante toda su vida Madre Rivier fue la que amó sencillamente, con un corazón a la vez humano y divino, la que supo dar la mano a los pequeños y a los grandes para llevarlos a Dios.

María Rivier tenía un corazón predisposto a la convivencia, a la misericordia que no es una vaga compasión, sino el hecho de considerar a los demás como algo de carne y alma propias, con, además, una amabilidad, una atención, un olvido de sí que no podían menos de llenar de felicidad a quienes encontrase en la vida. Hay que leer los tres preciosos tomos de Isabelle Bouchard para convencerse de ello. Pero hay más.

Madre Rivier se dejó invadir literalmente por la caridad de Dios que está en Cristo y se entregó en cuerpo y alma al amor devorador. No tenía nada de una sensiblera, sino que era como el mismo Cristo, sentada a la mesa de los demás como un precioso sacramento de la Ternura de Dios. Y si es verdad que quiso que sus Hijas de la Presentación estuvieran enteramente entregadas al amor de Dios y de las personas que encontrasen en su camino o a quienes fueran enviadas expresamente: niños, jóvenes, adultos, enfermos, ancianos entrados en años, quiso que primero se dieran entre ellas la mano y el corazón, que vivieran en el interior del Instituto y de cada una de sus casas el misterio del Agapé de Dios. Juntémonos, había dicho al comienzo de la Aventura. cuando apenas tenía dieciocho años. No era una simple fórmula. Quería, como lo hemos dicho, hacer un convento, una fraternidad en la que caminasen juntas, fundidas en una misma mirada y un mismo corazón, una misma voluntad de trabajar para un mismo fin: anunciar el Evangelio. Así la Congregación y cada una de las casas, cualquiera que fuese su importancia sería una Santa Predicación. Así es como Santo Domingo había llamado su primer convento de la Orden compuesto a la vez de monjas y hermanos. Nuestra Señora de Prouilhe.

No sé si María Rivier conocía ese hecho de los primeros tiempos de la Orden, pero sé que era eso lo que quería: hacer una comunión de amor en el Espíritu Santo, esa hermosa y santa predicación de Jesucristo. Y figuraos que lo consiguió magníficamente, a pesar de todos los obstáculos procedentes de fuera

como de dentro, de ese interior herido que cada uno lleva en sí mismo y que a menudo impide, o en todo caso hace tan difícil y frágil esa unidad de amor. Un día señalaba a propósito de los primeros pasos de la Congregación: Cada una de las Hermanas se preocupaba más de las otras que de sí misma, privándose a veces de alimento y cargándose de trabajo. ¡Qué caridad tan admirable! ¡Qué entrega! Fue el tiempo más hermoso del fervor de las Hermanas. Hasta el fin de su vida, Madre Rivier no dejará de volver sobre dicho tema, la comunión de amor de las Hermanas en el Espíritu Santo, la necesaria unidad de fondo de los espíritus, de los corazones y de las vidas. ¡Qué hermoso espectáculo presenta una comunidad en la que están muy unidos todos los miembros! Es la imagen del Paraíso... Cuando veáis que la caridad se pierde en vuestra casa, temblad, si, temblad por toda la Congregación.

Había recibido personalmente de Dios el carisma de la diaconía del Señor con lo que conlleva de olvido de sí mismo, de voluntad de servir al mismo tiempo que de firmeza para reunir, convocar continuamente, gobernar en el sentido de timón de un buque.

Es lo que explica que fue verdaderamente para todas sus Hijas, así como para tantas y tantas jóvenes y tantas personas con quienes se encontraba y que se encariñaban con ella, el sacramento de Jesucristo, siervo y amigo. Al final de su vida, escribió una especie de Espejo, como en la Edad Media en la que se componían fácilmente, para uso de los responsables a todos los niveles y que tituló ÚLTIMOS CONSEJOS. Tenemos ahí una obra maestra, fruto de una larga experiencia, rebotante de agudeza psicológica, de sensatez, de humor y de espíritu evangélico. Pero es su rostro el que nos entrega a través de esas páginas, su manera peculiar de ser madre, de dar la vida, de dar a Dios, ajustándose a Jesucristo, el precioso Diácono del Padre que dio su vida por sus amigos y para reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos. Ser madre era para ella una llamada constante a

una mayor santidad, a una conformidad lo más estrecha posible con Jesucristo del que se sabía sacramento. Nuestra vida debería ser un evangelio abierto, un catecismo en el que cuantos nos ven vivir puedan leer a Jesucristo. Para ello Madre Rivier quería ser y permanecer como una de sus Hermanas. A menudo les pedía su opinión y les suplicaba le dijeran cómo podría servirles mejor. Quería la verdad. ¡Qué suerte tenéis, Hijas mías, de que os enseñen, reprendan y aconsejen!. En cuanto a mí, con demasiada frecuencia estoy abandonada a mí misma. Haz como puedas. Y tiemblo porque temo atraer la maldición de Dios sobre la Congregación entera. Y poco a poco las Hermanas se atrevían a hablar y Madre Rivier se felicitaba por ello.

Sabía cuánto hay que morir a sí misma, a sus ideas, gustos, preferencias, a su amor propio para estar en la onda de cada una, para hacerse toda a todas y ser el instrumento del Señor que sólo constituye la Iglesia y forma el corazón de cada uno. A unas, calmantes solía decir, a otras, hierro y fuego.



Tenía un sentido innato de la administración y hacía frente magistralmente, a pesar de las dificultades del momento, a la realización de su sueño, implantación de las escuelas pequeñas, pero también la construcción de la Casa Madre en Bourg-Saint-Andéol. Todos los testigos nos dicen su admiración, incluso su asombro. En 1813, había dicho un día: Dentro de seis años, estaremos en un convento soberbio. En 1819, se inauguraba la inmensa casa de sus sueños, en la que se formaría no sólo a las novicias y a las Hermanas jóvenes sino donde las obreras del Evangelio podrían volver a beber abundantemente en la fuente de su vocación apostólica.

Y con todo eso, una presencia asombrosa a cada una de sus Hermanas que sabían las conocía personalmente y las amaba con sus cualidades, defectos, pruebas, méritos y esperanzas. Las secretarias se quedaban ensimismadas, a veces, ante la memoria del corazón de su Madre. Pensaba en cada una en el detalle de su vida y procuraba que cada una tuviera su empleo, su papel, su ministerio, aunque no fuese más que el de servir en lo cotidiano o también en la aparente inutilidad de la enfermería.

Sin embargo, se daba cuenta perfectamente de que eso no era lo principal de su misión. Sabía que era, como ya lo hemos dicho, portadora y responsable del Evangelio, pero ante todo para sus Hijas. Por eso multiplica las conferencias, los retiros, escribe a las casas y a todas las que necesitan una palabra de luz, de salvación, sabiendo muy bien que es la Palabra de Dios la que establece la Iglesia, la Congregación, las casas. Y no digo nada de las innumerables entrevistas particulares con una y otra, que en tal o cual momento de su vida necesita su ayuda, su mirada, su ternura. A través de esos escritos y palabras hay toda una riqueza de vida, de una humanidad que lo entiende todo, de una exigencia evangélica que os obliga a avanzar sin cálculo, sin timidez, sin miedo. Madre Rivier sabía lo que había en el hombre y ...en la mujer. Sentía muy fuerte las reticencias, las medidas a medias, a veces un cerrarse totalmente a la luz y al

amor. Entonces lejos de abandonar, de dejar caer, con una enorme paciencia se volcaba literalmente en la oración de súplica y de lágrimas. Y casi siempre lo conseguía.

Me gusta mirarla en sus últimos momentos, al día siguiente de la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, esa fiesta que la ahogaba, decía ella. Riéndose, había dicho un día que no quería morir en una cama. Entonces dijo a las Hermanas que se encontraban a su lado: Quitadme de aquí. Quería estar de pie para terminar su carrera y presentarse a su Señor. Pidió su ventana. Era una sillita en la que se apoyaba gustosa ora para conversar, ora para mirar en silencio el cielo y la tierra. Se la dieron, naturalmente. Las Hermanas la rodeaban, la sostenían. Y así se fue hacia su Dios, apoyada en la comunión de sus Hermanas, mirando más y más este mundo en el que, con singular pasión, deseaba que el Amor fuera amado.

Hoy, más que nunca, después de su beatificación y, esperamos vehementemente, en vísperas de su canonización, María Rivier está ahí, de pie, en el corazón de su familia religiosa, pero también en el corazón de la Iglesia como una maravillosa presencia maternal fuerte y desbordante de ternura.



ECOLE
École
ECOLE

Epílogo

Que podría ser prólogo

Y ahora, si mi lector insiste y me reclama ir aún más lejos en el análisis del perfil espiritual de María Rivier, creo que debo señalar con mucha fuerza para el mayor gozo de sus Hijos y de sus amigos que se consumen de impaciencia por oírme decir, que el secreto de su vida apostólica, totalmente conforme con Jesucristo, de todas las magníficas realizaciones que jalonan su existencia, es la Santísima Virgen María, la Virgen de la Presentación, la Madre de la Compasión.

Creo poder afirmar que María Rivier vivió siempre con Ella, que todo lo hizo por Ella y para Ella y en fin que se arrojó y perdió en Ella.

Como ya lo hemos visto, se encontró con Ella en su dolorosa y primera infancia en la capilla de los Penitentes de Montpezat. Se sentó a sus pies día tras día, durante cuatro años, pidiéndole la curación. Una mujercita en presencia de la Mujer bendita entre todas las mujeres, penetrando a fondo en su intimidad, y María se lo enseñó todo mostrándole silenciosamente a su Hijo deshecho.

María fue su gran maestra de escuela, enseñándole hasta donde podía ir el amor, que no puede contentarse con palabras ni gestos, sino que decididamente se convierte en aquel a quien se ama, el hombre desfigurado. Le enseñó las llagas del cuerpo y del corazón de su Hijo, le enseñó las suyas, igualitas, hasta el punto de confundirse. María es la plenamente conforme. Esta visión de Nuestra Señora de los Dolores, de Nuestra Señora de la Compasión fue realmente decisiva en la vocación apostólica de María Rivier. La niña comprendió y más tarde la mujer adulta comprenderá, quizá aún mejor, el sentido de la Cruz y los estigmas y de la espada que traspasa el corazón y la vida de parte

a parte. Esa inteligencia de la Cruz y de la espada me parece absolutamente primordial en la espiritualidad de María Rivier y de su familia religiosa y tengo, figuraos, un pequeño pesar de no encontrar en el sitio de honor- o casi- en cada una de las casas de la Presentación la reproducción de esa Pietá de Montpezat ¡Oh!, claro está, es de ejecución bastante e incluso muy tosca y sin finura, pero grita ¿no la oís? el amor loco de Cristo y de su Madre Santísima por la pobre gente que somos, por nuestra historia trágica. Ya sé que es en esa Escuela, escuela primaria sin duda., pero también primordial, donde la pequeña María sintió que su corazón se ensanchaba en la dimensión del mundo y donde se sintió habitada por la misericordia. A su manera, como niña que era, cantó ante la Pietá el Stabat Mater de Jacopone de Todi y María le contestó haciéndola su cómplice de corazón abrasado de amor.

Pasaron los años en esa entrega, y hambre de dar a Dios que conocemos, hasta aquel día en que esos Señores de San Sulpicio la llevaron por su camino. Como ya lo hemos dicho, le ofrecieron, y no sólo era legítimo, sino infinitamente enriquecedor, su manera de ver a María que es la gran manera de la Escuela Francesa. Y María Rivier quedó inmediatamente maravillada al comprender cómo la Virgen María, la Santa Madre de Dios, fue desde siempre seducida y arrebatada en aquel gran movimiento y dinamismo que es el misterio de la Encarnación redentora. La primera vez que María Rivier celebró en grande la Presentación de la Virgen María en el Templo de Jerusalén, el 21 de noviembre de 1796, esa fiesta provocó en ella un enorme entusiasmo sobre todo si pensamos que María Rivier es un leño o más bien un corazón incandescente que sólo pide entrar en el Juego, en el Movimiento, en la Presentación del ser y de la vida. María se le presenta así como un impulso hacia Dios, indomable. Está seducida, fascinada por Dios y se lanza hacia Él con todo el cuerpo, con todo el corazón, con un absoluto jamás alcanzado en la historia de Israel, antes que ella ni después de ella en la historia de la Iglesia.

Cuando el Sr. Pontanier propuso a María Rivier el misterio de la Presentación de María como ideal posible de su familia religiosa naciente, seguramente que fue impulsado por el Espíritu Santo, para hacerle comulgar con aquel formidable movimiento de consagración, de vuelta hacia el Padre que, ciertamente, es inherente a toda la creación, pero que se rompió por la triste historia de nuestro pecado. A la Virgen Santísima, María Rivier la ve no como una niña amable que quiere complacer a Dios, sino más bien a la Mujer del Génesis y del Calvario, a la Madre de los Vivientes, a la Madre de la Iglesia, o mejor a la Viviente, a la Iglesia que anuncia esa nueva primavera del mundo, el advenimiento de Cristo nacido de María, el Siervo de la gloria, el Restaurador del Templo, el Sumo Sacerdote que necesitábamos. Cristo vive ya en María y la lleva hacia Dios, hacia su Padre, como lo hará expresamente a la hora de su Presentación, como lo entendió bien María Rivier: Parece que lleva a su Madre, tal es su anhelo de ofrecerse por la salvación del mundo. Realmente porque el Espíritu Santo se lo hace sentir, ella acepta tan fácilmente vivir y hacer vivir en adelante, en grande, por toda su familia religiosa, esta fiesta de la Presentación de María. También entra por María en el gran servicio de la gloria. Si, en adelante se sabe su conspiradora y con ella subirá alegremente, durante toda su vida, las gradas del Templo de Dios: ¡Heme aquí!, ¡Heme aquí!, ¡Mi corazón está dispuesto, mi corazón está dispuesto!.

A lo largo de la aventura apostólica de María Rivier habrá una comunión constante de mirada y acción con María, una dependencia total y conmovedora de todos los instantes, que a veces sentirá la necesidad de expresar en múltiples consagraciones, una incesante llamada llena de confianza en la sencillez de lo cotidiano y en los grandes y difíciles momentos de la historia de sus fundaciones. Señalemos este autógrafo del 24 de agosto de 1835: Santísima Virgen María, mi Madre buena y tierna, eres la fundadora y la superiora de esta casa y de todas las que dependen de ella... Todo nos ha venido por Tí...Nada me

pertenece. En nombre de Jesucristo, tu Hijo, concédenos siempre tu protección. Hazme oír en el fondo del corazón estas palabras maravillosas:” Hija mía, estate tranquila. Me encargo de todo.”

Y María respondió constantemente a la espera de Madre Rivier. La había curado y le había permitido andar; siempre será para ella fuente de la que brota valor, celo y alegría interior en medio de las pruebas espirituales que conocemos, ayudándole a avanzar continuamente en el cuidado de las cosas del Padre.

Madre Rivier tenía constantemente al alcance de su mano el rosario. Lo amaba. Sabía que por él lo conseguiría todo. Me gusta el comentario que ha escrito de los diferentes misterios del Rosario. Nos muestra hasta qué punto, con María, sabía acompañar a Jesús y entrar en la densidad del misterio de amor por nosotros. Cuando llegó el fin de su carrera y el momento de ver por fin cara a cara a su amado Jesús, lanzó a María una última llamada, un grito: ¡Santísima Virgen, pronto, pronto! Había llegado la hora de la eterna Presentación. María, puerta del cielo, habrá introducido a su bienaventurada conspiradora, su hija y amiga, en la alegre Luz de la Santísima Trinidad.

Pero, mirad bien: María Rivier llevaba tras ella una multitud de gente a la que había conocido naturalmente, pero que un día iba a dejarse seducir por su precioso rostro muy parecido al Rostro de Jesucristo.

Heme aquí, Padre, yo y los hijos que me has dado.

(Hb.2, 13)

Era el día siguiente de la fiesta de la Presentación de Jesús, el 3 de febrero de 1838.

Indice

Prólogo

Capítulo I

Una mujer interior pag XX

Capítulo II

La poseída por Jesucristo pag XX

Capítulo III

El apóstol de corazón de fuego pag XX

Capítulo IV

El heraldo del Evangelio pag XX

Capítulo V

La esposa del Cordero pag XX

Capítulo VI

La Madre pag XX

Epílogo

María pag XX

